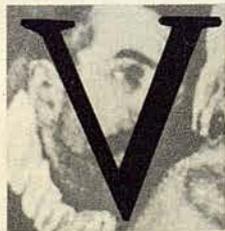


JUAN ANTONIO
GAYA NUÑO

SU PINTURA EN EL MUNDO



La Virgen con Santa Inés y Santa Tecla. METROPOLITAN MUSEUM. NUEVA YORK



Virajes de criterio, entronizamientos de dioses y derrocamiento de las mismas divinidades cuando muestran ser falsas, revisiones de ideas de padres y abuelos, hostilidad de conceptos jóvenes contra los que se dan por viejos, éstas y otras complejas causas fueron, por ejemplo, las que decretaron hace unos sesenta años la muerte civil de hombres que, como Rafael y Murillo, habían gozado de una desconsiderada reverencia en el mundo del arte. Se les había concedido —con demasiada unanimidad y no menor apresuramiento— la categoría de genios natos, in-

tocables y apodícticos. Y cuando cayó por tierra el ideario neoclásico de la perfección, cuando injustamente se clasificó a esos Rafael y Murillo muy por bajo de su casi mitológica consideración —pero, injustamente, demasiado abajo de su maestría—, el mundo, ese mismo mundo de minorías enteradas con posibilidades económicas —coleccionismo— e intelectuales —erudición, crítica y glosa— se encontraron, casi de manos a boca, con otro astro nuevo, de los de novísima fama, de los que no habían disfrutado ningún título oficial, esto es, neoclásico, académico, diplomado, luego inédito, y, por inédito, prometededor de infinitas cantidades de una gloria bien diferente a la lograda por los pintores de *madonnas*.

Por otra parte, las dichas posibilidades

económicas e intelectuales se habían ensanchado en manera casi alarmante. La corrección, la forma perfecta, las manos insuperables dibujadas por Rafael, y las dulzuras inequívocamente murillescas no habían tenido mayores círculos de admiración que los concretables geográficamente en la Europa Occidental. Un siglo bastaría para que todo el mundo se ensanchara, para que las minorías —aun siéndolo— se apoyaran en una vaga base mayoritaria, y para que los nuevos nombres objeto de reverencia llegaran hasta lugares que jamás oyeron hablar de las *stanze* del Vaticano. El gran favorecido por esta mutación de criterios, de aprecio y de geografía era El Greco.

Pero sería escasamente serio entender que el nombre del recién descubierto as-

la abstracción más o menos encubierta. Una justicia tardía, aunque absolutamente total, de cuyas lecciones se desprende que Doménico Greco, hombre del siglo XVI y de unos pocos años del XVII, era un pintor totalmente *nuevo*. Pero ya no volveremos a subrayar esta condición, la normal en el creciente apasionamiento por su obra. Nuevos eran sus enfoques, nuevas sus luces de relámpago, nuevas sus situaciones, nuevo su sentido indudablemente crítico de la vida. Era normal que, cuando la faz del mundo cambiaba, a partir de 1914, participando ya todos en una común angustia, que sería seguida por muchos, numerosos capítulos de guerra y mortandad, el sentido de drama humano de nuestro Greco fuera entendido por los militantes de todos los credos estéticos. La segunda guerra mundial no dejó de contribuir a ese fervor universal por un artista que, enfocando especialmente temas cristianos, excedía mil estadios del sentido clásico de belleza de un Rafael tanto como del desgarramiento expresionista de un Grünewald.

Una de las primeras consecuencias de este indudable fervor de lo que ya no po-

se, cual si éstas residieran en un defecto visual, en alguna aberración de tipo psíquico. Paranoico, astigmata, miope, demencial. Repito que todo ello me parece absolutamente ingenuo, lo mismo que la opinión —[hasta aquí ha llegado la fantasía!— de que lo torturado de los cielos y lo lanzado de sus figuras podía ser una consecuencia de fumar opio. El afán de explicar lo que debe continuar inexplicable para todo eso y para mucho más, por desgracia. Y, sin embargo, todas estas raras posturas críticas, españolas y extranjeras, se deben a la singularidad de mundos, ambientes, personajes, respaldos paisajísticos, colorido y demás contingencias de este misterio que debiera dejarse un poco más intacto, cual debe hacerse con todos los misterios.

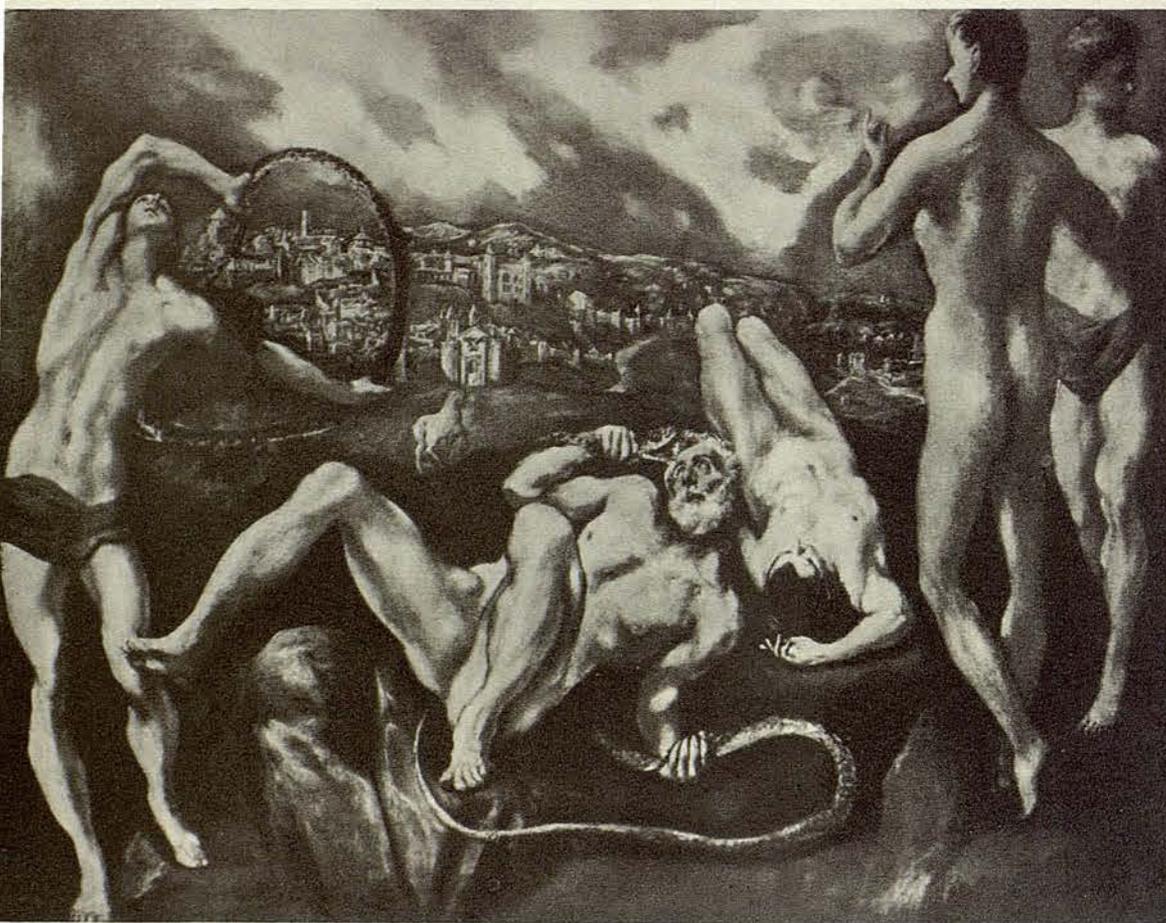
El hecho positivo que a su vez puede inferirse de toda esta enorme bibliografía —por otra parte, digna de ser recogida, compilada y antologizada— es la fama de Doménico Greco, cada día más extendida por el mundo. Las gentes de más dispar creencia religiosa, política, social o estética suelen coincidir en un sumo respeto para con dos calidades, que son la nove-

competir en nuestro tiempo con ese temible rival surgido de detrás de varios telones de siglos, con ese glorioso desconocido que es Doménico Greco. Desconocido he dicho y no rectificaré. Hoy día poseemos datos extremadamente abundantes de su vida y milagros, esto es, de años, pleitos, desengaños, aficiones y todo cuanto pueda parecer, superficialmente, ser la circunstancia de un hombre. Ahora bien: lo que se ha llamado su secreto, y éste era el título de un libro demasiado célebre de Maurice Barrés, no sólo está intacto y virginal, sino que yo imploraría que no se siguiese tratando de desvelar, para que el misterio no perdiera quilates. No conocemos el «secreto» de un Klee o de un Picasso. Pues cómo, infelices de nosotros, ¿hemos de poder penetrar el de un hosco exilado griego que residía en Toledo, al principio con escasísimos amigos, y luego con algunos más, pero que de seguro calaron en su alma tan poco como podemos calar ahora? Sin embargo, constantemente se publican libros y artículos con esta perseverante, bien intencionada y totalmente ingenua pretensión.

Pero ésta ya no era tarea toledana ni española, sino obra del Mundo.

* * *

Ese Mundo se suele enterar tarde de las cosas importantes, aunque cuando se entera lo hace con verdadero frenesí. Y al enterarse de la existencia de un maravilloso pintor nuevo y desbordante de misterio, su valoración crece en dimensiones desusadas. Y hasta el propio Velázquez es olvidado, sin mayor remedio que la cercanía, primero, y la celebración, después, de su centenario. De momento, el pintor cotizado y ambicionado es Doménico Greco. Se continúa rebuscando en las viejas iglesias de Toledo, se ofrecen sumas considerabilísimas por cuadros de posesión privada. Se advierte, no sin estupor, que aquel hombre había sido fecundísimo, y que su labor podía distribuirse entre las apetencias de todos los museos de la Tierra. Más aún. Se observa que, de los tres o cuatro grandes pintores españoles de todo tiempo, él es el más fácil de falsificar. En efecto, se montan talleres para la fabricación de falsos *grecos*, y hay que reconocer que en esta delictiva industria se ha llegado a resultados sorprendentes. No se insistirá sobre este matiz pícaro y fraudulento, pero sí será bueno hacer constar que en museos y colecciones de excelente fama, éste o aquel cuadro del Greco son falsos, total y rigurosamente falsos. En fin, otra fuente de *grecos* que no son *grecos*, y que también servirá para calmar la sed de innumerables hambrientos y sedientos de lienzos de Doménico. Nunca ha habido posibilidad de confundir un cuadro de tal o cual pintor de 1580 ó de 1610 con otros de nuestro hombre, es cierto. Pero no se contaba con la etapa previa, la italiana, la veneciana y romana, la juvenil, aquélla en que el Greco todavía no era el bien característico hombre de las nostalgias bizantinas encerrado en la peña toledana. Es en 1937 cuando un ilustre erudito italiano, Pallucchini, da a conocer un extraño tríptico perdido, en la *Galleria Estense* de Módena, obra medianamente original, ya que estaba claramente inspirada en



Laoconte y sus hijos. NATIONAL GALLERY. WASHINGTON

driamos designar exactamente como minorías se trasluce en la literatura grequense. Cossío —cual decenios después Camón— trató a su hombre con tanta erudición como buen decir literario. Pues bien, en adelante, los historiadores, los críticos, los escritores no ligados a ninguna de dichas funciones, hicieron suyo al Greco. Ciertamente, pocos pintores antiguos tan literaturizables como éste. Comenzó a ser copiosa, caudal, acaso exagerada, la masa torrencial de libros y artículos que se le dedicaron. Muchas veces, de pura y neta literatura. Otras tantas o alguna más, procurando —infantilmente— apoderarse de las claves de la espiritualidad grequen-

dad y el misterio. La novedad del Greco, con todo y ser hombre del siglo XVI, es indudable, ya que no es perfectamente descubierto hasta el nuestro, al mismo tiempo que la de otros de sus colegas que casi hemos podido conocer. Su calidad de misterio, de misterio personal, intransferible, no obediente a una corriente internacional ni a un *ismo*, no atribuible por separado a la cuna cretense ni al hogar toledano, también cuenta muchísimo en este saldo positivo. Nuevo y misterioso, he aquí las esperanzas de tantos pintores militantes en la gran aventura plástica novecentista. Pero sólo algunos selectos —Picasso, Miró, Klee— han podido

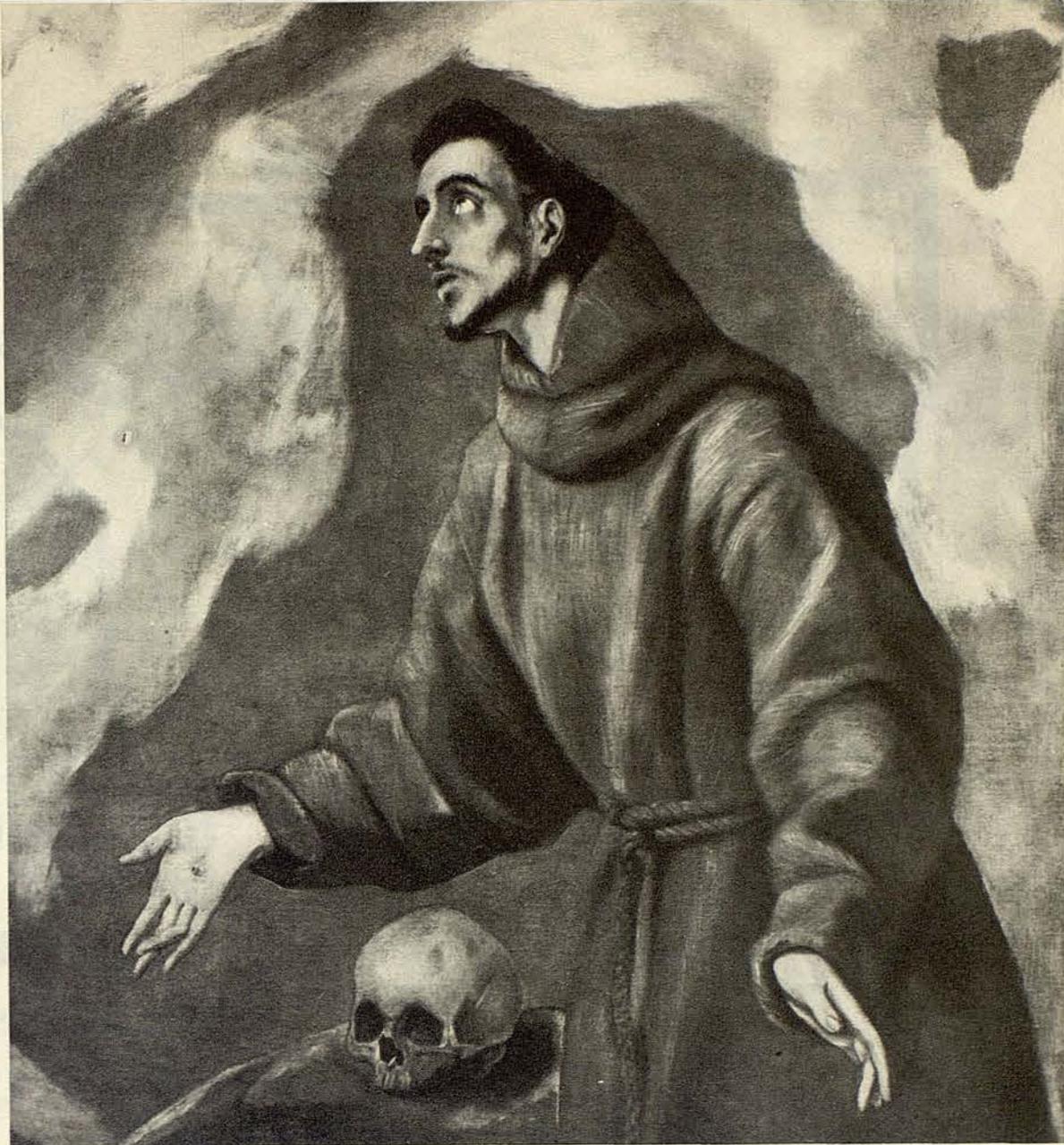
el Parmigianino y en Julio Bonassone. Pero la firma griega —«de mano de Doménico»— no dejaba lugar a dudas. Palucchini había dado con un extraordinario testimonio grequense, acaso de los veinte o veinticinco años del artista. No fue necesario más para que a los ya de siempre conocidos cuadros de nuestro artista, durante su etapa italiana (*Retrato de don Julio Clovio*, del Museo de Nápoles, *La curación del ciego*, de la Pinacoteca de Parma, etc.), se agregasen muchos cuádrillos de primerísima época, no pocos de ellos extremadamente sospechosos. Sólo se dirá que, de un solo golpe, Martín S. Soria incorporó más de una veintena de ellos en 1954.

De esta suerte, entre obras rigurosamente auténticas del griego toledano, cuadros de su taller en que es más o menos visible la presencia de su mano genial, atribuciones de cositas muy poco importantes de tiempos de su juventud, suyas o no suyas, pero que de serlo nada añaden a su genio —y antes bien lo minimizan—, réplicas por Jorge Manuel, falsificaciones evidentes o no evidentes, apenas hay museo o colección medianamente importante de la redonda Tierra que no se ufane de contar en su catálogo y en su afán de prestigio con un cuadro del Greco. Claro que a todo este saturamiento le llegará su San Martín, y ya está tardando; es decir, la mirada rigurosa que examine, confronte y dicte con total independencia acerca de semejante proliferación, por lo menos sospechosa. Que el Greco fue artista de muy considerable actividad y fecundidad, nadie lo ha dudado; sin embargo, cabe dudar sobre producción tan gigantesca, y es necesario aclararla y ponerla en su justo punto. A la hora de escribir estas líneas parece que está a punto de aparecer la monografía dedicada al Greco por Harold E. Wethey, el mismo ilustre profesor norteamericano que podó las exageradas atribuciones de dibujos a Alonso Cano. Y es de suponer que su libro lleve tras sí grandísimos desconsuelos a los poseedores de buen número de pinturas del Greco.

Pero es bien posible que la poda no sea tan absoluta y que de ella subsista mucha de la diseminación de gloria que nuestro siglo ha previsto. Limitándome a datos de 1956, los que figuran en mi libro sobre pintura española repartida por el Mundo —y, ciertamente, hoy no podría responder de las mismas localizaciones ni de los trasiegos de cuadros de un país a otro—, el panorama de reparto de ambiciones logradas en la posesión de obras de este pintor nuevo era el siguiente:

En Europa, el país no español que con mayor número de obras cuenta es Italia, con 38, entiendo que bastantes de ellas rechazables; sigue Francia, con 31, y, a corta distancia, Inglaterra con 20, y Alemania con 14. Suiza posee 10, merced a un cuidadoso coleccionismo; Hungría, 9; Rumanía, 8, y Grecia, 5. Dinamarca y Holanda se han de contentar, cada una, con 3. Dos cuadros posee Suecia y otros tantos la URSS. Y, en fin, Irlanda, Bélgica, Noruega y Checoslovaquia sólo pueden ufanarse, respectivamente, con una pintura del frenético griego.

Este reparto europeo obedece a causas bastante racionales. Es legítimo que Italia, una de las etapas formativas del



San Francisco de Asís. NATIONAL GALLERY. DUBLÍN

Greco, conserve buena cantidad de sus obras. Es igualmente lógico que Francia, Inglaterra y Alemania cuenten con buen número de cuadros. Hasta es bien comprensible que Grecia, tierra de mínimas tradiciones coleccionistas, haya hecho el esfuerzo de procurarse algunas muestras del arte del que, en fin de cuentas, es su hijo. Pero todas estas aseveraciones de lógica se derrumban ante otro sector del reparto, el que atañe a América.

O, por mejor decir, a Norteamérica. Los cinco cuadros poseídos por la República Argentina, los cuatro de Canadá y el único que ha podido adquirir el flamante Museo de São Paulo nada cuentan ante la masa ingente, preciosa, selectísima, incomparablemente bella, de la obra grequense integrada en museos y colecciones de los Estados Unidos. Se trata de unos ciento veinte cuadros, no pocos de ellos piezas capitales en la producción del artista. *La Asunción de la Virgen*, *Niño de Guevara*, *San Martín y el pobre*, *Autorretrato*, *Vista de Toledo*, *Fray Hortensio Félix Paravicino*... Hay en la vasta nación americana muchos más cuadros del Greco que los que haya podido haber, en un momento determinado, en la propia ciudad de Toledo, y en esa incomparable selección puede ser estudiado nuestro hombre muchísimo mejor que, por ejemplo, en el Museo del Prado. En realidad, en verdad, para saber del Greco todo cuanto importa saber bastaría con dos obras toledanas, *El Expolio* y *El Entierro del Señor de Orgaz*, con

otra escurialense —nuestro portentoso *San Mauricio*, para mí el alarde máximo de los secretos grequenses— y con los inteligentes, buscados, pagados fondos norteamericanos.

* * *

El hecho es que la maravilla de color y de espiritualidad de Doménico Greco —aparte de lo español— puede ser disfrutada en Washington y en Leningrado, en Ottawa y en Londres, en Estrasburgo y en Nápoles. En todo el Mundo. Es fácil cosa que yo ande atrasado de noticias y que a estas alturas tal o cual cuadro se encuentre ya en Tokio o Melbourne, en Auckland o en El Cairo. Y si hoy no acaece así, de seguro que ello tendrá lugar a la vuelta de unos años, cuando alguna conciencia occidentalista de los nuevos países africanos y de los muy viejos asiáticos, y de los todavía hoy demasiado preocupados por su prosperidad material en el quinto continente, aspire al bien y al deleite de un museo como el Prado o la *National Gallery*. Será legítimo deseo y nadie se opondrá a él. Los marchantes del Globo seguirán extendiendo más sus tentáculos. Es cuestión de ganas y de dinero.

Por dinero hemos vendido centenares de cuadros del Greco. Tanto daba haberlos regalado. Porque lo que compensa esa pérdida es el orgullo de haber provisto de obras estelares a veinte países del Mundo.

J. A. G. N.